

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

DECENARIO POPULAR CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

| | |
|--|--|
| 10 números cada diez días, 2 reales al mes | |
| 20 » » » » 1 pta. » » | |
| 100 » » » » 5 » » » | |
| 500 » » » » 25 » » » | |
| 1000 » » » » 50 » » » | |

«Este precepto os doy: Amaos los unos á los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

Tirada mensual de este periódico
21.000 EJEMPLARES

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE.—Gijón.

Las botas de Reyes

—Madre, ¿no es hoy cuando llegan los Reyes Magos?

—¡Hoy! ¡me lo habrás preguntado en la semana sesenta veces!

—¿Esta noche? ¡Pues entonces dame el betún de padre!

—¿El betún?

La buena menestrala se quedó estupefacta ante la extraña petición del chicuelo. Sus ocho años sagaces de hijo de la calle, avivados por el aire del arroyo, se reflejaban en su carilla menuda, contrastando con la patina de inocencia que la cubría y formando un encantador contraste. Sin duda alguna en aquella frente del niño había una idea, una preocupación que echó a volar, exclamando el muchacho mientras se rascaba la pelambre, quitándose la boina:

—Madre, *pa* que los Reyes Magos le traigan a uno algo, ¿no hay que dejar las botas en la ventana?

—Necesariamente; si no ¡cómo van a saber los chicos que hay!—replicó su madre.

—Pues *pa* eso necesito el betún, porque el maestro nos a dicho en la escuela que al que sea puerco no le traerán los Magos ni una mota, y si ven una bota cochina, no hay más que hablar, ni un botón.

—¡Pero tú te olvidas de que vienen de noche!

El rapaz no había previsto la réplica y se quedó un momento callado, pero enseguida repuso:

—¿Y *pa* qué están los serenos?

No hubo más remedio que darle los útiles de limpieza; un cepillo viejísimo, apenas sin cerdas, y una caja de hoja de lata en la que había un poco de betún, sucio y apelotonado. Mientras el rapaz agarraba sus botitas maltrechas, de suelas agujereadas, de piel rozadísima, con unos cordones rotos y vueltos a unir con nudos, escupía en la punta del cepillo, pisaba con éste el barro negro de la cajita y se esfor-

zaba en sacar lustre al calzado, recordando lo que veía ejecutar a su padre los domingos cuando se iban a comer una tortilla a las praderas de la Moncloa.

La menestrala dejaba hacer al muchacho fingiendo que no advertía su apuro, empeñado en vano en pulimentar las botas sin dejar secar previamente el betún, y la buena mujer, ahogando la risa y el deseo de comerse a besos a su hijo, espumaba en tanto el puchero, mondaba las patatas, cortaba el pan para la sopa, preparaba, en fin, en la microscópica cocina de la buhardilla, limpia como la plata, el humilde cocidito que habría de llevar para las doce a la obra en que trabaja su marido, carpintero de armar y el que sería comido en gracia de Dios bajo el grato sol del invierno en esa mesa común de los pobres, el santo suelo, donde no hay ricos manteles ni cómodos servicios, pero donde no se suele carecer de lo que vale mucho más: de paz y amor.

Dieron, en estas, las once en un reloj de la vecindad, y la menestrala entonces, compadecida del niño, que había transformado en un barrizal sus dos botitas, le quitó los trapejos de limpieza diciéndole a gritos:

—¡Trae, trae acá, condenado! ¡Jesús, Jesús, cómo se ha puesto de tizne el *indino*! Parece un deshollinador. ¡Un delantal acabadito de poner de limpio! Merecías que te diera cuatro *guantás*.

A través de sus palabras, aparentemente iracundas, latía un cariño loco, que el chicuelo adivinó con ese instinto con que los niños presienten el amor de las madres. Así, pues, el rapaz no se alteró en lo más mínimo, y, muy al contrario, exclamó con un cómico y encantador cinismo:

—Pero ¿por qué no has cogido tu los cepillos?

—¿Habrase visto el sinvergüenza? ¡Ni que fuera el rey para que los demás le sirvamos!

Mientras hablaba había extendido convenientemente el betún, y en un dos por tres convertido en un par de

botas brillantes el mísero calzado, abierto por diferentes sitios. Luego lo colocó encima de la mesa de la cocina, y metiendo la mano por la apertura de la faltriguera, saco una moneda de cobre y dándosela al chico, le dijo:

—Anda, bájate a la carnicería, y a la *señá* Manuela que te dé una lechuga; pero no te tardes ni entratengas con los demás chicos, que son ya las once y tenemos que *dirnos* o llevar el cocido a padre.

El chico no la oía contemplando las botas satisfecho; aún añadió:

—¿Y cómo las vamos a poner para que no se caigan a la calle? Habrá que atarlas a la ventana.

—¡Ya veremos, hombre, ya veremos! ¿Te moverás? ¿No estás oyendo que son las once?

II

Todas las recomendaciones de darse prisa se le habían olvidado al chicuelo, y con su rubia lechuga en la mano allá se estaba en el solar de enfrente viendo jugar al peón, y aun él mismo «echando una *bailá*», hasta que le vino a la memoria el recuerdo de su madre y se apartó del grupo, no sin volver dos o tres veces la cabeza para ver si alguno «daba la manopla». ¡Para chasco que los Reyes le trajeran un trompo! ¡Y que regalándose los señores Magos sería de lo mejor, de punta torneada!

Le había venido acompañándole otro niño de la vecindad, vestido con un puro guñapo y descalzo; era huérfano de padre, acabado de morir y no pudiendo pagar las míseras seis pesetas del antro en que hasta entonces vivían, habíalos recogido a él y a su madre el guarda del solar, permitiéndoles que durmieran dentro del vallado bajo unas esteras. Horrorizaba verle flaco, demacrado, trémulo de frío.

—Mira—le dijo el chico del carpintero—si los Reyes me dejan esta noche en las botas un peón, te convidó a jugar mañana.

El huérfano miró a su amigo con

ojos radiantes; mañana tal vez no comería, pero tendría una hora de trompo. ¡Y si a él le trajeran también otros Reyes! De pronto pasó por su mente un pensamiento negro, y preguntó con angustia:

—Pero oye, tú, ¿es que *pa* que le dejen a uno algo esos señores hay que poner las botas en la ventana o en un sitio donde las vean!

—¡Anda lo que pregunta? ¿Pero no lo sabes?

—No.

—¡Pues si eso es más viejo que andar a pié! ¡*Pa* que te hagan un regalo es preciso poner las botas en la ventana o en un sitio donde las vean!

—¿Y si uno no tiene botas?—exclamó el huermanito con la voz llena de lágrimas.

—¡Pues se fastidia, porque los hombres de algún modo van a saber dónde hay chicos!

III

Le recibió un torrente de gritos e imprecaciones:—¡*Arrastrao!* ¡Mala pécora! ¿Pero qué has estado haciendo? ¿Dónde te has metido, sabiendo que era tan tarde? ¿Traes la lechuga?

Se la dió a su madre, y luego le dijo con una formalidad adorable, con una carita muy seria:

—¿Sabes lo que he venido pensando por la escalera?

—¡Alguna diablura!

—¡Pues *na*, que *mecontrao* al *Pitos*, al del solar, y no sabes la lástima que me ha *dao* de que, como no *tie* botas, el pobre no las *pué* poner *pa* que le dejen algo los Reyes, y yo he *pen-sao* que, como yo tengo dos y con una es bastante, le podríamos prestar la otra hasta mañana *pa* que no se quede sin regalo!

Entonces, entonces, sí, al oír esta sencilla proposición tan hermosa, brotada en aquella almita buenísima, que constituía una verdadera obra de caridad, fué cuando la menestrala se comió a besos a su hijo, llamándole a gritos tesoro y sol y luz y yo no sé cuántas cosas. Y cogiendo su cesta, y loca de orgullo con su chico, cerró la buhardilla y se marchó a llevarle a su marido el humilde cocido y el rapazuelo que Dios le había concedido para alegría de su pobreza.

Alfonso PEREZ NIEVA

Los inocentes

Parece imposible que a estas alturas, es decir, ya bien entrado el siglo XX, todavía existan individuos cándidos como una paloma, que van por ahí con el corazón en la mano, y luego no «con la mano en el bolsillo» como dijo un poeta que tenía sus ribetes de escéptico, sino con la mano muy a la vista del público para que cual-

quiera les robe su apreciable víscera cardíaca.

Hay seres de esta clase, y muchos. Forman verdadera región, y a ellos está dedicada en su mayor parte la sección de anuncios de los periódicos.

Si no existiesen esos seres en gran abundancia, ¿cómo se comprendería que se perpetúen en los diarios los avisos de las casas de huéspedes, «que no son casas de huéspedes», sino respetables hogares donde tratan a uno *misimamente* como si fuera de la familia?

¿Y esos otros anuncios de una señora, que, por amor a la humanidad doliente, se ofrece a enviar gratis, completamente gratis, un remedio para curar no sé cuántas enfermedades incurables?

Añádanse a estos los reclamos públicos por varios caballeros que buscan un socio con diez mil pesetas de capital, para montar una industria que producirá indefectiblemente cincuenta pesetas diarias; los de las señoritas con cien mil duros de dote y otras circunstancias excelentes; los de los medicamentos para engordar o adelgazar, como se quiera, en menos de una semana, según un sistema aprobado por la Academia de Ciencias de Nijni-Nowogorod y tantos otros como se leen cotidianamente, en caracteres más o menos grandes, en todos los periódicos de todas las partes del mundo.

Todavía pueden agregarse a esta serie de *gargas* que se ofrecen al público, y así acabaremos de cerciorarnos de que el número de inocentes es infinito las noticias de los mismos periódicos, dando cuenta con grandísima frecuencia, de que a Fulano le han timado tantas pesetas por el procedimiento del cambiazo, o a Zutano tantas otras por el tesoro escondido.

Y para que se vea hasta dónde puede llegar la candidez humana, todavía existen algunas personas que creen al parecer de buena fe, que con los rumbos que va tomando la política española hay salvación posible para nuestra Nación.

¡El colmo de la inocencia!

CONSTANTE.

Las modas femeninas fustigadas por un escritor francés

A propósito de la excentricidad de las escandalosas modas femeninas, que no se sabe hasta dónde han de llegar, escribe M. Maurice Talmeyr en un periódico parisiense lo siguiente:

«Y la locura de toda esa pobre multitud femenina que anda por esas calles, como con zancos, con unos tacones inverosímiles de altos, y cogen pleuresías con sus descotes de verano eu pleno invierno, ¿no dan pruebas de ser unas neuróticas?»

El mejor Galán

TRADICION ASTURIANA

I

Beatriz es infeliz, su madre está de cuidado, y es por demás reservado el galán de Beatriz.

Y tiene mucho que ver, y ya es un caso muy serio, el tenebroso misterio que le circunda doquior. Es el mancebo gentil:

más que mediana estatura.

Todo él respira dulzura.

Su belleza, varonil:

desde la frente a los piés

es la misma perfección.

Respecto a su profesión

ninguno sabe cuál es.

Un día que se encontraba,

del arroyuelo a la orilla,

con Beatriz, saltó la silla

en que Beatriz se sentaba,

y mirando el agujero

del palo roto, exclamó:

—De eso debo entender yo:

¡como que soy carpintero!

Otra vez se habló de guerra:

se dijo que Carlos Quinto

estaba de sangre tinto

allá en la flamonca tierra.

Y de Beatriz el galán

dijo:—El César venció

bien, y bien me lo sé yo:

¡como que soy capitán!

Un pariente litigante

al fin perdió la querrela

contra Beatriz, y ella

se lo contaba a su amante.

—Estuvo bien sentenciado,

que era su derecho exiguo.

Lo sé, y de modo no ambiguo:

¡como que soy abogado!

(Abogado, capitán

y carpintero, tres cosas

que, aunque sean muy honrosas,

en oposición están).

—¿Cómo se llama?—Manuel.

—Pero, ¿de qué?—No se sabe:

de su secreto la llave

tan sólo la guarda él.

Habla de un modo seguro

con ella en el jardín, pero

ni sobornó al jardinero,

ni pusc escala en el muro;

y Beatriz, que le ama

con todo su corazón,

sin más averiguación

Manuel a secas le llama.

Lo merece tal amante,

que, en medio de su belleza,

tiene un sello de tristeza

infinita en el semblante.

Por verle baja al jardín

Beatriz, y siempre le encuentra:

no sabe por dónde entra,

ni por dónde se va al fin.

Nada sabe la mujer

hermosa que por él muere.

En sabiendo que le quiero,

¿qué necesita saber?

El se lo ha dicho y no miente,

y es preciso darle fe:

parece al mirarle que

lleva el sol sobre la frente.

Pero, ¿quién es?, ¿qué es Manuel?

Nadie en el mundo lo sabe:

de su secreto la llave

tan sólo la guarda él.

II

—¡Ay, Manuel mio! ¡Me ahogo!

Déjame, Manuel, llorar;

deja que mi pecho alivie

de lágrimas un raudal.

Corra el llanto de mis ojos,

único consuelo ya

que me resta: ¡estoy sin madre!

Dios se la quiso llevar

anoche y dejarme aquí:

¡hágase su voluntad!...
 Pero déjame que lloro...
 ¿Qué tengo que hacer?
 —Rezar
 por tu madre... Con tus lágrimas
 no la resucitarás;
 con tus oraciones puedes
 su santa gloria alcanzar.
 —¡Me encuentro sola en el mundo!
 —¿Sola en el mundo? No tal...
 Te encuentras conmigo, y yo
 no te puedo abandonar.
 —¿Es cierto, Manuel? ¿Me quieres?
 —¿Si te quiero? Mucho más
 que tú a mí.
 —¡Es imposible!
 ¡Siento a tu lado un afán
 incomprensible, infinito!...
 Y dime: ¿te casarás
 conmigo?
 —Si quieres, sí.
 ¿Cómo lo puedes dudar?
 —¿Qué haré yo huérfana y triste,
 y sola, si tú te vas?
 ¿Me quieres?
 —Te quiero.

—¿Mucho?
 Dáme tus manos. Están
 llagadas de parte a parte,
 faltas de calor vital.
 ¿Y eres carpintero?
 —Sí.
 —¿Y abogado y capitán?
 —Y capitán y abogado.
 —Ignoro tu calidad.
 ¿Eres noble?
 —Más que el rey.
 —¿Más que el rey?
 —Sí, mucho más.
 —¿Eres rico?
 —Poderoso.
 —Sólo un mediano caudal
 puedo ofrecerte, Manuel
 ¡Tal vez me despreciarás
 por pobre!
 —Fuera más pobre
 y más te supiera amar.
 —¿Cuándo nos casamos?
 —¿Me amas?
 —Con toda mi voluntad.
 —¿Sin saber quién soy?
 —No importa.
 —¡Oh! Si importa: lo sabrás...
 Mañana es domingo.
 —Sí.
 —A misa del alba irás
 a las monjas capuchinas.
 —Nunca he ido a esa iglesia... Está
 tan lejos!...

—Una capilla
 hay a la izquierda al entrar:
 del *Cristo de Amor Divino*
 se llama. Allí me verás,
 allí estaré cuando vayas,
 allí se descenderá
 el velo... ¡Sabrás quién soy!
 Y si sabiéndolo ya
 me quieres tanto... ¿qué quieres?
 ¿casarte?... ¡Te casarás!

III

A misa del alba fué
 Beatriz, en la iglesia entró,
 y toda se conmovió
 cuando en ella puso el pié.
 Una capilla con luz
 que de una ventana viene
 hay a la izquierda, que tiene
 a Dios clavado en la cruz.
 El *Cristo de Amor Divino*
 se le llama, y allí llora
 la contrita pecadora
 y el devoto peregrino.
 —Aquí Manuel estará,—
 se dijo Beatriz, entrando.
 En esto al Cristo mirando.
 dió un grito espantoso.—¡Ah!
 ¡El!—dijo.—¡Estoy local! ¡Es él!
 ¡Y en una cruz enclavado!
 ¿Quién te ha puesto en ese estado?
 ¡Ay, mi Manuel, mi Manuel!
 Ya sé quién eres... Y eres
 mi piadoso salvador,
 ¡eres mi *Divino Amor!*

¿Me quieres, Manuel, me quieres?
 Enamorada de ti
 hasta esta capilla vengo,
 y con el alma sostengo
 la palabra que te di.
 Mi pasión es venturosa,
 porque es por ti y no se esconde.
 ¡Yo te amo, Manuel!... Responde
 si me quieres por esposa...
 —Sí,—dijo el Cristo, y dobló
 el cuerpo y con él la cruz.
 Una aureola de luz
 su cabeza circundó.
 Y Beatriz, loca de amor,
 embriagada y delirante,
 un paso dió hácia su amante
 para mirarle mejor.
 Y mandándole su vida
 en un beso que le dió
 en los piés, Beatriz quedó
 a sus piés desvanecida.

IV

Y Beatriz tomó el velo.
 en aquel siguiente día,
 y cuentan que sonreía
 con la alegría del cielo.
 Y al hablar de casamientos
 recientes, verificados
 con hombres acaudalados
 entre sus conocimientos,
 ninguna envidia le dan
 los maridos, y aun es fama
 que dice: «Yo soy la dama
 que hubo *mejor galán*».
 Flores cultivaba con tino
 con un cuidado especial
 para ponérselas al
Cristo del Amor Divino.
 Siempre pensando en Manuel
 vive Beatriz muy feliz.
 pues, según cuenta Beatriz,
 no hay marido como él.
 Y gozando amante palma,
 sin romper tan dulces lazos,
 Manuel la tuvo en sus brazos
 cuando ella rindió el alma.
 Y según dice la historia
 de Beatriz, muerta ya,
 —allí nos espera—está
 con su Manuel en la gloria...
 Y en el altar reservado
 en el que fué prometida,
 ¡aun se vé la cruz torcida
 y el Santo Cristo encorvado!

NARCISO SERRA.

Cálculo curioso

Hubo en otro tiempo un gran monarca que se hallaba dominado por el deseo de conocerlo todo, y con tal fin estaba siempre interrogando a las personas que se le acercaban. Su afán de saber lo llevó tan lejos que quería, al fin, imponerse de la edad de todas las personas que encontraba a su paso; pero como era rey, y por consiguiente atento y cortés, para lograr su fin se valía de medios estratégicos.
 Llegó un día a la corte un anciano profesor, con el cual se divertía el rey en gran manera, y le enseñó muchas cosas que el monarca ignoraba hasta entonces, con lo cual quedó éste sumamente complacido. Pero al fin llegó el momento en que el rey necesitaba imponerse de la edad del profesor; y para lograr su intento recurrió a un problema matemático.
 Dijole, pues, un día:
 —Tengo que proponeros una prueba de aritmética mental. Es muy sen-

cilla. Ante todo pensad en el número de orden del mes de vuestro nacimiento.
 El profesor tenía en aquel momento sesenta años y había nacido dos días antes de Pascua de Navidad: de modo que pensó en el número 12, ya que el mes de Diciembre era el duodécimo del año.
 —Está bien—contestó el profesor.
 —Ahora multiplicadlo por 2—continuó el rey
 —Bueno,
 —Agregad 5,
 —Está hecho—dijo el profesor.
 —Ahora multiplicad el todo por 50.
 —Bien.
 —Agregad a la suma vuestra edad.
 —Corriente.
 —Restad del total 365.
 —Muy bien.
 —Agregad el residuo 115.
 —Adelante.
 —Y ahora—continuó el rey,—¿puedo preguntaros cuál es el resultado?
 —Mil doscientos sesenta—replicó el profesor asombrado de la insistencia del monarca en una cosa tan sencilla.
 —Mil gracias—fué la respuesta del rey—de modo que nacisteis en el mes de Diciembre, hace sesenta años.
 —¡Cáspita! ¿Y cómo lo habéis sabido?—dijo el profesor.
 —Pues—replicó el rey—por vuestra propia respuesta: 1260. El mes de vuestro nacimiento fué el duodécimo, y las dos últimas cifras dan vuestra edad.
 —¡Espléndida idea!—exclamó riendo el profesor.—Voy a ensayarla con la primera persona que encuentre. ¡Vaya una manera cortés de enterarse de la edad ajena!

SECCIÓN AGRICOLA

La Iglesia y el Progreso
 de la Agricultura
 Las abadías no eran solamente lugares de oración, de ciencia y de meditación, eran también fincas-escuelas y fincas modelos. Alrededor de los monasterios, como alrededor de un centro, establecíanse granjas o alquerías, en las cuales las poblaciones agrícolas se iniciaban en todos los métodos de la agricultura. Todas estas alquerías estaban unidas entre sí por las abadías regionales, y estas a su vez lo estaban por numerosas colonias que, a la manera de un enjambre habían transportado bajo otros climas el trabajo y la incansable actividad de la colmena monástica.
 Muchas ciudades pudieron contar hasta 1.500 colonias que cultivaron las tierras hasta las orillas del Báltico y hasta los confines de Europa.
 Todas estas colonias comunicábanse su ciencia: sus métodos sus descubrimientos y sus producciones; así se comprende el desarrollo extraordinario y universal de los progresos agrícolas. Por tanto, la Iglesia tiene el mérito y el honor de haber perfeccionado los cultivos y de haberlos acrecentado extraordinariamente.
 Los monjes han inventado el *drenage*, han conservado y transcrito los tratados agrícola-

las tan útiles de Varron, Catón Columela y de todos los antiguos que se dedicaron a estos trabajos.

Así mismo, los monjes fueron los primeros en escribir libros, sabiamente innovadores, así como también calendarios agrícolas para registrar todo lo que la experiencia podía enseñar sobre la cria de ganados, la siembra de los terrenos, la recolección y las diversas plantaciones.

Los monjes han fundado en Citeaux en Cluny, Lukenil, en mil sitios, abadías que eran hace setecientos años grandes institutos agronómicos, y para fundar y hacer vivir estos institutos, no pedían, como dicen algunos, 25 millones por año, no; solamente pedían malezas y lagunas.

Los pueblos de Europa deben a los monjes el haber encontrado el trigo candeal que no conocían nuestros antiguos nómadas. Debemos además a los monjes los excelentes viñedos de Francia, Italia, Alemania y España; en cuanto a la desaparición de las célebres viñas de Inglaterra, se debe única y exclusivamente a desaparición de los religiosos de dicho país.

Debemos también a los monjes fértiles praderas, así como el moral, el cáñamo, el lino, nuestras más hermosas huertas, la industria de las abejas y los mejores árboles frutales.

En Francia particularmente, los religiosos han puesto en cultivo un tercio del territorio, y las tres octavas partes de nuestras capitales y pueblos han sido creados por monasterios.

En toda Europa, el arado de los monjes ha precedido al de los laicos; por consiguiente, la Iglesia creó, ennobleció e hizo progresar los trabajos agrícolas; he ahí el pasado. ¡La Iglesia es madre de la agricultura!

En fin; comemos hoy el pan debido al primer trabajo de los monjes; habitamos las ciudades que a ellos deben la existencia. ¡Y hay sabios que no pronuncian sus nombres, que para nada cuentan sus diez siglos de trabajo! ¡Pero no es esto solo! Los sucesores de esos hombres prodigiosos son perseguidos, ultrajados, desterrados como viles malhechores. Nosotros, al menos, nosotros los cató-

licos, seamos conscientes de nuestras glorias y sepamos mantenerlas. ¡Sí, católicos! ¡En nombre de la Historia; en nombre de la justicia y de la libertad; en nombre del patriotismo!.. ¡En nombre de la Religión! Vengamos a las instituciones monásticas de las tonterías, de las ignorancias, de las maldades de los impíos.

Por la traducción,
RAFAEL MURCIANO.

¡LA LOTERÍA!

A la lotería se juega porque de treinta mil jugadores les suele caer a veinte. Esto es lo que se ve, lo que no se ve son los veintinueve mil novecientos ochenta a quienes no les cae.

Es raro que se vean veinte que ganan y no se vean veintinueve mil que pierden; y es que los ojos humanos son así: no ven más que lo que brilla.

Un jugador célebre por sus ganancias, hace más jugadores que el mismo juego.

Hay en esto otra fatalidad constante: nada obliga a jugar tanto como el perder.

AGRADECEMOS a la importante Casa Ortiz-Araús, Librería Religiosa de San Sebastián, el libro catálogo de los libros y objetos religiosos que expende.

Para los pedidos, calle de Atocha 53 y 55, Madrid.

Resistencia abnegada

El abate Bachelard cayó en uno de los últimos combates, y transportado a la ambulancia se le preguntó dónde tenía la herida. «No estoy herido», contestó, y cayó desvanecido. Intrigado el capitán de la causa de aquel desvanecimiento, logró averiguar que el sacerdote no había comido hacía cuatro días, batiéndose, sin embargo, bravamente día y noche. El capitán entonces le reconvinó afectuosamente por aquel exceso de celo, y él le replicó: «Un sacerdote-soldado que, como tal, tenía que cumplir ambas funciones, no podía retirarse del campo de batalla mientras durase el combate y alguien necesitase de sus auxilios espirituales.»

Un Franciscano, abanderado

El 18.º regimiento de infantería francesa, residente en Pau, que fué citado recientemente en la orden del día por su heroico comportamiento, tiene por abanderado al R. P. González de Bellaing, que acababa de regresar a Francia de su destierro en el Canadá. Este joven religioso se portó valientemente en el primer combate en que tomó parte; el coronel, después de citarle en la orden del día del regimiento, le confió el honroso cargo de abanderado, con el tácito, aunque unánime asentimiento y aplauso de todos sus compañeros de armas, que se consideran honrados y satisfechos al tener por abanderado al joven Franciscano.

Correspondencia administrativa

Sra. D.ª I. M.—Ribadesella.—Pagó a fin Noviembre 1915.
Sr. D. B. S. G.—Ujo.—Id. a fin 1914.
A. de la B. P.—Palma de Mallorca.—Pagó 1915.
Sr. D. J. I.—Granada.—Id. id.
Sr. D. L. M.—Manlleu.—Id. a fin Junio 1915.
Sr. D. R. F. R.—Novalin.—Id. fin Febrero 1915.
Sra. D.ª A. de la T.—Valladolid.—Id. a fin 1915.
Sra. D.ª A. Z.—Laviana.—Id. fin Enero 1915.
Sr. D. S. G.—Obregon.—Id. a fin Enero 1915
De aquí salen los números con toda puntualidad.

Obras teatrales de venta en esta Admón.
(A propósito para Sociedades obreras)
Una peseta ejemplar.

JAUJA, juguete cómico-lírico en un acto.
(La música, 2,50 ptas.)
MITIN SOCIALISTA, episodio de actualidad, en un acto.
EL SEÑORITO, sátira en un acto.
EL REQUETÉ, comedia en tres jornadas.
EL ANARQUISTA, drama en 2 actos, 2.ª edición

Imp. de Lino V. Sangenis.—Gijón

FUNERARIA DE Hijos de Feliciano Rodríguez

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40.—GIJÓN—Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

—: Prontitud, esmero y economía :—

IMAGENES Y ALTARES

Para adquirirlos recomendamos los laureados y acreditados talleres de

JOSE TENA

BAJADA PUENTE DEL MAR, 1

VALENCIA

No dejar de consultar esta casa.

PAÑOS Y NOVEDADES

LA SIRENA

Corrida, 86 y 93

GIJÓN

BANCO DE CASTILLA

SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

Acebal, Rato y Comp.ª

'FUNDICION DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJÓN

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra, evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tuberías, parrillas, etc.